

# IRIS



25 CÉNTS.

BARCELONA, 7 ABRIL 1900

NÚM. 48

Ayuntamiento de Madrid



## El drama del Calvario

Es, sin duda, la pasión y muerte de Cristo el drama más sublime y ejemplar que se ha desarrollado entre los hombres. Cada episodio encierra profundas enseñanzas, extraordinarias emociones, meditaciones infinitas. Aun haciendo abstracción de la divinidad del protagonista, concretándose a lo meramente humano de tan eminente personalidad, es un drama el drama del Calvario que no tiene parecido a ninguno de los realizados en la vida, en la historia, en el escenario creado por la imaginación de los poetas.

Al rededor del héroe, el más justo de los justos, el más santo de los santos, el más piadoso de los piadosos, se desencadenan todas las malas pasiones mundanas, sembrando espinas en el camino que ha de recorrer aquel con los pies descalzos. Y, como cohorte infernal, siguen sus pasos, ó se levantan ante su presencia, la envidia y la traición, la burla y la venganza, la ignorancia y la codicia, la corrupción y la hipocresía. Mas el principal agente del inmenso drama continúa su misión providencial, desafiando masas, pero temenando, todos los tiránicos poderes de la tierra; y si, al fin, cae, vencido y muerto, no es más que aparente su derrota. Del sepulcro, á donde descendiendo la carne mortal, surge el espíritu eterno, radiante de gloria, que ha de derramar la luz de la verdad por todos los lugares y todos los siglos.

El magnífico drama empieza por un hermoso idilio. Noticioso el pueblo de que Jesús se dirigía á Jerusalén, sale á recibirle con palmas, flores y ramas de olivas. Alfombra el suelo con sus ropas al paso del Salvador. Es una verdadera entrada triunfal. ¿Qué pompa trae este campeón tan festejado? Ninguna. Llega montado en un pollino, animal de yugo cabalgadura humilde, demostrando Jesús en éste y en todos sus actos, su mansedumbre.

Pero, su estancia en Jerusalén despierta la aversión de los príncipes de los sacerdotes, cuya corrupción fastigaba Cristo con sus palabras más tremendas. Y empieza contra el Hijo de María las sordas maquinaciones que habían de llevarle á la muerte. No ignora el Señor lo que contra él se trama; por eso se apresura, puesto que sus días están connotados. Á cumplir punto por punto su programa divino. Se acerca la Pascua, y Jesús se reunió con todos sus discípulos en una última cena, sabedor de que después se dispersarían. Allí, predijo que uno de sus discípulos le vendería, y le seguiría otro,

y aunque todos protestaron, Jesús se afirmó en su predicción con amargura, pues no ignoraba cuánta falsedad y miseria se

escondían en el pecho del hombre. Acabada la cena, se retiró Jesús con algunos de los apóstoles á un huerto inmediato, recomendándose que velasen y orasen.

El se puso también á orar. Postro su rostro en tierra, y con el alma tristísima, se dirigió á su Padre, diciéndole: «Si es posible, pase de mí este caliz; pero, no; hágase tu voluntad». La muerte, la muerte siempre terrible no pudo menos de afigir el corazón de Jesús, al fin de carne humana. Pero, aquella momentánea blandura fué rapidísima ráfaga, y tornó á aquel gran espíritu la firmeza inmovible del sostenedor de una verdad. A poco, vino Judas, rodeado de gente armada, besó á su maestro, y éste fué preso. Sus discípulos dormían: alguno que despertó, quiso defenderle, y echó mano á la espada. Le reprendió Jesús, diciéndole: «¿Quien á hierro hiere, á hierro morirá.»

«Necesito recordaros, lectores cristianos, los crueles pormenores con que fué juzgado Cristo? (Ejemplo perdurable de la injusticia de la justicia terrenal. No importó nada no hallar culpa alguna en aquella víctima santa. Era necesaria su perdición, y todas las argucias, y todos los odios, y todos los procedimientos que se invocan para cometer un acto reprensible, bajo el amparo de la ley, se pusieron en práctica para condenar á Jesús al cadalso.

Allí, allí sube el Mártir, cargado con la cruz donde ha de morir, por la faldá de la montaña, en cuya cima entregará su alma al cielo. Siguele la chusma, que le insulta, rotándole las caricias que le martirizan. Y para mayor dolor, dolor incomprensible para la mente humana, le acompaña su Madre, y las dulces Marías, las pobres mujeres que, á pesar de lo terrorífico de la escena, no quieren abandonar al Salvador, separado, en trance tan duro, de sus discípulos.

Al fin, muere Jesús, perdonando y bendiciendo.

Y al pronunciar su postrera palabra, su *solenne Consummatus est*, con las losas de las tumbas que se abrieron, abriéronse también las puertas de los cielos.

(Dibujo de F. Sánchez Corvía)

SOTERO VARELA

# Ayuntamiento de Madrid



# El Sermón



## de la montaña

Después de haber pasado el Hijo de Dios en el desierto largos días de meditación y de penitencia, y después de haber resistido á las tentaciones del Espíritu del Mal, seguro de su poder y obediente á su misión, comprendió que había llegado la hora de propagar entre los hombres su salvadora doctrina. Hízose seguir de algunos prosélitos, de humildes pescadores, que recogió en la orilla misma del mar, mientras se consagraban á sus faenas, y á quienes fascinó con la luz sobrenatural que despedían las palabras que salieron de sus labios.

Y cuando se vió seguido de multitud de gentes, venidas de todas partes, se subió á un monte, y, dejando oír su voz, pronunció los fundamentos principios del nuevo catecismo.

—Bienaventurados,—dijo,—los pobres en espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los de limpio corazón, los pacíficos, los que padecen persecución; porque, en verdad, os digo que todos ellos entrarán en el reino de los cielos.

Las muchas gentes de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y de la otra parte del Jordán, al escuchar tan nuevos y sublimes conceptos, expresados en lenguaje tan sencillo, se sintieron como bañados interiormente de una luz divina. Comprendieron, á pesar de su tosquedad espiritual, que algo grande y nuevo había descendido á la tierra. Nada semejante habían oído en las sinagogas, donde doctores fariseos, apegados á las viejas tradiciones, predicaban vulgares y rutinarias doctrinas, que más tendían á la salvación de intereses mezquinos que á la salud de las almas afligidas, de los seres desgraciados, de los corazones sedientos de verdad y de justicia y oprimidos por el despotismo y la mentira.

Un solemne murmullo de admiración circulaba por entre aquella multitud, ávida de una vida más noble y más llena de esperanzas.

—Sí,—decían.—Este es el Prometido. Este es el Hijo de Dios. Este es el Redentor de los pecadores.

Y las madres alzaban en los brazos á sus niños para que contemplaran la radiante faz del Predicador sobrenatural. Y los hombres se postraban en tierra, y lloraban lágrimas de fervor ardiente. Y todas las mujeres, lo mismo las jóvenes, en cuyo rostro florecen las rosas de la alegría, que los viejos, en cuyas arrugas faciales parece ya indicarse el surco que, más ancho y más hondo, es la fosa de los cuerpos muertos, se sentían sobrecogidos de misteriosos é inefables sentimientos, que los llevaban á una adoración no experimentada hasta entonces. Pero, los sagrados labios de Jesús, como boca de oro de rica ánfora, henchida de licor generosísimo, continuaron derramando admirables enseñanzas.

—No mataréis,—prosiguió.—No odiaréis al enemigo; no codiciaréis la mujer ajena; cortaos el miembro corrompido antes que todo el cuerpo perezca; no juraréis en ninguna manera, porque no sois dueños de vosotros; no resistáis al mal, y si os hiriesen en una mejilla, presentad la otra; dad al que os pidiere; bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y perseguyen; sed, pues, perfectos como lo es nuestro Padre que está en los cielos.

Jamás, en este miserable mundo, habían resonado palabras de paz, de amor, de consuelo, semejan-



tes á las enunciadas por el Hijo de María. Ya no era adoración lo que por Jesús sentía la muchedumbre; era algo inmenso, algo que llegaba al delirio del sacrificio; el germen sin duda de lo que más tarde engendraría la grandiosa epopeya de los mártires. El arrebatado auditorio se apiñaba más y más enderredor de Cristo. Ansiaba no sólo verle y oírle, sino tocarle, confundirse con él, formar, en íntima comunión, de mil cuerpos, una sola alma, que, como paloma gigantesca, extendiera sus alas amorosas sobre todo el Universo.

Pero, el purísimo manantial de la palabra divina era inagotable. Y prosiguió huyendo cristalinas verdades.

—Mirad,—prosiguió el Salvador,—que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; haced limosnas, sin tocar trompetas, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas; no sepa jamás la mano izquierda lo que ejecuta la derecha; cuando oréis, no sea en público, en los cantones de las calles, sino entraos en vuestra cámara, y cerrada la puerta, rogad á vuestro Padre; no soáis,

*en vuestras oraciones, prolijos, sino sinceros; vuestro Padre sabe de que cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis; rogad sencillamente así: Padre nuestro, que estás en las alturas, sea bendecido tu nombre, danos tu reino, sea hecha tu voluntad en todas partes, perdónanos, como perdonamos á nuestros ofensores, libranos del mal, puesto que Tú todo lo puedes, en el tiempo y en el espacio.*

El pueblo que atendía, sin perder palabra, á las maravillosas enseñanzas de Jesús, estaba como fascinado. Sobre aquel mar de cabezas no se agitaba la menor ola de contradicción ó indiferencia. Todos los ojos estaban fijos en el Señor, como en un astro de gloria. La semilla, pues, caía sobre un campo preparado de modo admirable para dar fruto.

Finalmente, Jesús pronunció las siguientes hermosas palabras:

—No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones miran y hurtan; no os congojéis por vuestra vida, qué habéis de comer, qué habéis de vestir; mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, y vuestro Padre celestial las alimenta; reparad los lirios del campo como crecen, y no trabajan ni hilan, y os

digo que ni Salomón con toda su gloria fué vestido así como uno de ellos; así que no os congojéis por el día de mañana, el cual traerá su fatiga, como el de hoy su afán; no juzguéis para no ser juzgados, por que os juzgaran como juzguéis; no ved la paja que está en el ojo ajeno sin ver antes la viga que hay en el vuestro; pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; entrad por la puerta estrecha que lleva á la vida, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce á la perdición; el que oyese mis palabras será como el prudente que edifica ra sobre roca, á la que ni la lluvia, ni los torrentes, ni los vientos podrán hacer daño.

Descendió del monte Jesús, y siguiéronle muchas gentes, admiradas de su doctrina. Vino en esto un leproso, y, acercándose al Redentor, y arrodillándose ante él, le dijo:

—Señor, si quisieres, podrías limpiarme de lepra.

Y Jesús que deseaba unir á sus palabras el ejemplo, como confirmación de lo que había dicho en el monte, extendió la mano sobre el enfermo, y le tocó diciéndole:

—Quiero, sé limpio.

Y curó el leproso al momento. Sí, Cristo venía á purificar á los hombres, á redimir al mundo de la lepra que le corroía. Y, en una tarde, y en un solo aliento, derramó sobre la tierra las eternas y sublimes verdades que hoy son el fundamento de las sociedades modernas, y serán siempre el ideal de todas las sociedades futuras.

(Dibujos de Gascón)



JOSÉ DE SILES



## JESÚS Y LA SAMARITANA

*Qui autem hiberit ex aqua, quam ego dabo  
ei, non sitiet in eternum.*  
SAN JUAN, Cap. IV, ver. 13.

I  
Mediaba el día. En el zénit  
sin nubes, un sol de fuego,  
con sus deslumbrantes rayos,  
hería valles y cerros.

Siguiendo de la Samaria  
el camino polvoriento,  
un grupo de caminantes  
avanza con paso lento.  
Son galileos que vuelven  
de visitar el gran templo  
alzado en Jerusalén  
al Señor de los hebreos

A la vista de Sichar  
se detienen un momento;  
uno les habla, indicando  
la ciudad que, allá á lo lejos,  
asoma, entre verdes palmas,  
de sus viviendas los techos.  
Allí encaminan sus pasos;  
pero, el que habló, del sendero  
se aparta, buscando sombra  
que mitigue los reflejos  
de! sol, y guía sus pasos  
hacia un pozo, húmedo y fresco,  
sobre el que tiende sus ramas  
sicomoro corpulento.

II  
Una mujer de Sichar  
llega donde está el viajero.  
A llenar viene su cántaro  
y, á penas lo tiene lleno,  
—Dame de beber,—le dice,  
con voz dulce, el galileo.  
—¿Cómo, judío, te atreves

(Dibujo de Romero Orozco)

á pedir agua, sabiendo  
que es el pueblo de Samaria  
enemigo de tu pueblo?

—Mujer, si acaso supieses  
quién te la pide, tu anhelo  
sería que él te la diera.

—Mas, ¿cómo puede ser eso?  
El pozo es hondo y no tienes  
con que sacarla, extranjero;  
lo abrió Jacob y sació  
en él su sed, y bebieron  
sus hijos y sus criados;  
no halló mejor agua. Pero,  
¿acaso, serás más grande  
que el gran patriarca nuestro?  
—Tá lo has dicho; los que beban  
agua de este pozo, presto  
volverán á tener sed;  
la que yo doy, por completo  
la apaga, y el que la beba  
jamás estará sediento.

Era la mujer burlona,  
y, con semblante risueño.  
—Dame, por favor,—le dijo,—  
agua de esa, galileo,  
y me ahorrarás el trabajo  
que en venir por agua tengo.

Miró á la mujer el hombre,  
y, á un tiempo dulce y severo,  
le dijo: —Llama á tu esposo.  
—¿A mi esposo?... No le tengo.  
—Hablaste verdad, mujer;  
tuviste cinco, y el sexto  
con quien vives, no es tu esposo.  
Sorprendida, con respeto

por hombre que penetra  
y lee en el pensamiento,  
la silenciosa mujer  
bajó la mirada al suelo,  
exclamando: —¡Eres profeta,  
por lo visto, galileo!

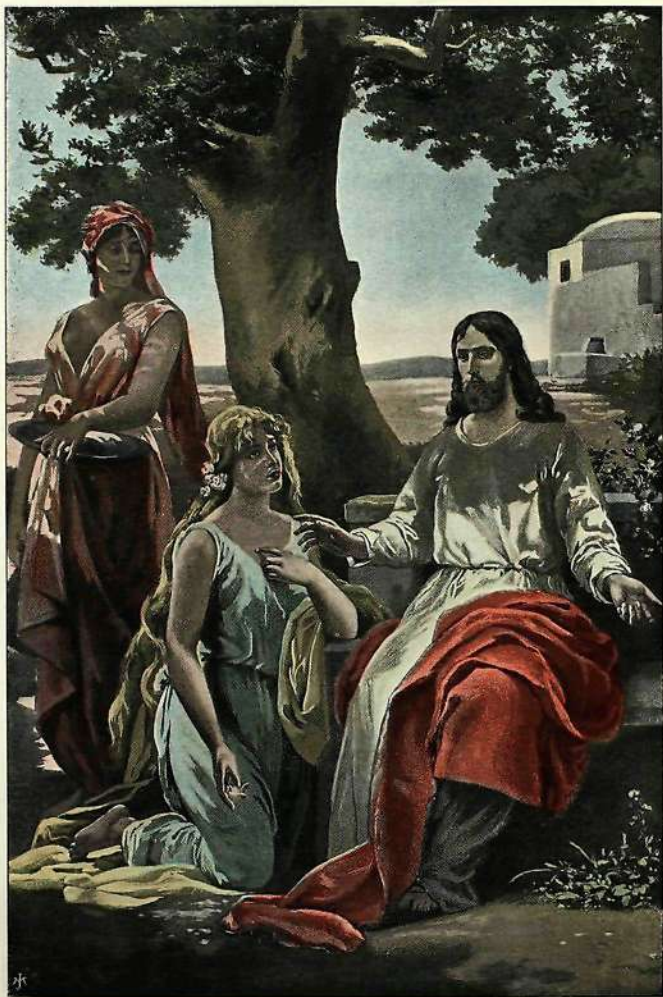
III  
Quedó la samaritana  
silenciosa, y un momento  
después, alzó la cabeza,  
contempló al judío, y luego,  
indicando del Garicín  
la cumbre, dijo: —Maestro,  
nuestros padres adoraron  
al Dios uno y verdadero  
en la cima de ese monte;  
Samaria sigue el ejemplo  
y allí le adora; vosotros,  
los de Judea, ha tiempo  
que lo adoráis en Sion;  
¿dónde adorarlo debemos?  
—Mujer, en verdad te digo,  
que pronto llegará el tiempo  
en que no se adore al Padre  
ni en el monte ni en el templo,  
porque aquellos que lo adoren  
en su espíritu han de hacerlo.

La mujer dijo: —Ya sé  
que el Mesías viene, y luego  
nos declarará las cosas  
que comprender no podemos.

Jesús fijó en la mujer  
sus ojos dulces, serenos,  
y dijo: —Soy el que esperas,—  
con incomparable acento.

NICOLÁS DE LEYVA





JESUS, MARTA Y MARIA

Ayuntamiento de Madrid



(LEYENDA BÍBLICA)

I

ARGUOSO alzabase sobre la cumbre de una no muy elevada colina, en la entraña de Galilea, un castillo de arquitectura asiria, escalado por la falda del monte por franjas de rosas y jazmines, amplias flores de Jericó, adelfas, palmares y sicomoros. Dicese que fué comprado el castillo por mano de la misma que fué su dueña, la cual por su mucha hermosura y aparente señorío encubría astutas arterias de mundana y aun vida y tratos de meretriz. Por ser poseedora del castillete de Magdalo ocultó su nombre con el de Magdalena, y así por este nombre era de todos conocida.

Una mañana cuando al reir del alba blandamente desplegaban sus suaves corolas las flores, y en ellas temblaban las lágrimas del rocío, saltó envuelta en su túnica de grana y oro la hermosa Magdalena, pálida y con los ojos enrojecidos de llanto. No era aquel afán como los que mil veces habían agitado su pecho, no; el afán que sentía era para ella verdaderamente inexplicable; por él sentíase como curada de pasados desengaños y sedienta de amor, pero de un amor que nada tenía de terrenal, un amor incomprensible, un amor tierno, aflictivo, consolador y martirizador á la vez, amor que no podía definirse sino por una confianza inmensa y se dirigía á una esperanza infinita y al logro de un bien inefable y eterno.

Un hombre extraordinario enardecía con la resplandeciente claridad y el fuego de su palabra, desde el más alto al más bajo todos los corazones de Israel y de Judá.

No bien se levantó Magdalena dió algunos pasos por su habitación, salió al patiozuelo de mármol del centro de su castillo y quedóse estática como si abortara estuviera contemplando el quebrado ir y venir de los pececillos de colores y los saltos de agua de la fuenteilla.

Cuéntase que en la noche anterior había vuelto de cumplir con mil demandas de su señora un siervo de ésta, que con tantos recados trajo tantas noticias de novedades ocurridas así en Jerusalén, como en Nazareth y toda Galilea.

—¿Qué dices del Profeta de Dios? ¿Hasle visto? ¿Cierto que da vista á los ciegos, lengua á los mudos, oído á los sordos? ¿Siguenle muchas gentes? ¿Qué nuevo prodigio de El se cuenta ó se ha visto?—preguntó con dulce indiferencia la castellana de Magdalo á su siervo.

—Verdad que de lo que de El me han contado pienso que es grande atrevimiento. Acarreaba el pueblo piedras para castigar á una mujer que había vulnerado la ley de Moisés. Está escrito que la adúltera ha de morir lapidada. Preguntáronle al Galileo, y ¿sabes lo que dicen que El contestó?

—¿Qué se cumpliera la ley?—exclamó con gravedad y visiblemente preocupada la bella cortesana.

—No, así.

—¿Pidió mayor pena para su pecado?

—No, sino que la perdonó, y volviéndose á cuantos querían castigarla dijo: *Aquel de vosotros que se sienta limpio de pecado, que la arroje la primera piedra.*

Dicese que las palabras del siervo quedaron como por sello de hierro impresas en el blando corazón de la Magdalena. Aquello que se la refería ¡era más, mucho más! que dar habla á los mudos, paz á los enfurecidos, limpieza á los leprosos, oído á los sordos, vista á los ciegos, luz de razón á los dementes, vida á los muertos; era redimir las almas, era saciar de justicia á los que tenían hambre y sed de ella, era cubrir á los avergonzados, confortar á los de ánimo abatido, purificar á los de sucio corazón, descubrir, en fin, lo hondo, hondo del espíritu humano. ¡Cómo! ¿Había dignificación posible para las

Ayuntamiento de Madrid



almas á quienes abrumaba el peso del pecado? ¿Hallaría la Magdalena un alma que viera en su alma y en ella descubriese á través de la bruma de pasadas culpas el persistente, delicado y sincero deseo de rehabilitarse por un estado parecido al de la pureza é inocencia perdidas? ¿Podían darse tanta piedad, tanta dulzura y tan gran misericordia como las que el Nazareno había manifestado? Amó mucho la Magdalena, mucho, mucho amó en aquella noche de asombro, de vergüenza, de arrepentimiento, de confianza y de esperanza. Amó algo que no era hecho de la masa de la tierra ni por los apetitos del corazón; amó por un amor que hubo de satisfacerla completamente, en cuanto á la dignidad y castidad del objeto; amó con amor parísimo. Durante toda la noche tuvo ante sus ojos su desordenada vida; por esto en lloro pasó la noche, por esto en lloro la sorprendió la mañana. Vagó de una á otra parte, agitada por el deseo de rendir aquel amor desconocido en profundo testimonio de absoluto vasallaje. No ansiaba por este amor los placeres, sino el martirio; no las delicias, sino la penitencia, no la risa, sino el llanto, no la vida, sino la muerte, y cuando el sol penetrando por las caladas ventanas iluminaba la lujosa estancia de la castellana, ésta, que había desgarrado sus vestiduras y encenizado su cabeza, hincada de rodillas, lloraba abundantes lágrimas, sintiendo en su pecho la angustia y en su corazón el ardiente y agudo dardo del arrepentimiento.

## II

Animado concurso era siempre el mercado de la ciudad; de todos los caminos, por todas las puertas llegaban con asnos y camellos cargados vendedores de ricas telas, de frutos y de joyas, de armas, de instrumentos y de mil variados objetos. Siervos cargados con odres de aceite, jaulones de palomas y otras aves, ó bien conduciendo reses para el sacrificio; así otros en anchos tabloncillos grandes panes de trigo y de cebada; allí en orzas rica miel de la montaña; sabrosos dátiles de la Arabia Feliz,

ricos vinos de cepas cananeas; juntos perfumes, pomadas, bálsamos, ungüentos de Egipto, en finos búcaros y vasos de alabastro. Zumbidodeenjambre, revuelto de avispero, bullicio de avecillas en el bosque, torno de molino era en la plaza de la ciudad aquella ani-



mosa asamblea de mercaderes; así, allí de todo se hablaba, y, sobre todo, de la gran novedad de aquellos días, del Galileo, cuyas predicaciones eran tan prodigiosas como sus milagros.

En el momento en que cierto día el mercado se hallaba más poblado y con mayor animación, entraron en él dos hermosos mancebos, que en su porte y ademanes bien señalaban no ser de Palestina, ni aun de la Arabia, sino extranjeros de raza y nacimientos europeos y que se hallaban en la ciudad más que por negociar ó por comisión alguna, por satisfacer el deseo de visitar nuevas tierras y conseguir el logro de gozar por nuevos regalos.

—Como el rastro que la nave deja en el agua, ó el ave en el viento, así es el que deja la meretriz en el corazón del hombre.

—Ingrato eres, Besio, —replicó á estas palabras uno de los mancebos su camarada Alefo.

—No hago sino repetir lo que ha dicho el Rey sabio.

—Pienso que más buscó en ti el complacerte que el verse complacida, y que fué mucho su lloro cuando ha días partiste de allá.

—Ser podría que así hubiere sido, mas ello es necesidad. ¿Cuándo fué esclavo de la cosa comprada el comprador? Alefo, he de escoger lindas esclavas para mi quinta de Capua. Presto saldremos; ya es fatigoso este viaje entre bárbaros, lejos de aquella regalada civilidad romana, lejos del César Imperator, de los circos y de los triunfos.

Ayuntamiento de Madrid



Los extranjeros recorrieron el mercado solicitados á derecha é izquierda por los mercaderes y se diviertan por los mendigos. Detuvieronse aquí y acullá para satisfacer algún repentino capricho ó para divertir la vista en ver y admirar algunas mercancías, cuando se produjo inesperadamente un gran movimiento de curiosidad en todo el mercado. A la entrada de él habíase detenido un palanquin, en el cual dos siervos conducían á una dama que rebozada en un oscuro manto puso el pie en tierra, y, despidiendo á sus criados, mezclóse con la muchedumbre que pululaba por la plaza, bullente y bulliciosa.

No fué en verdad conocida la dama, pero no pasó inadvertidamente para los que allí se hallaban, que desde luego entendieron la principalía de aquella mujer, y adivinaron que iba allí á comprar, y no con la bolsa flaca sino repleta. Besio y Alefo trataron de descubrir por su talle cual fuera la condición de aquella mujer, mas iba por tal modo velada, que no les fué dado reconocerla.

Tal vez ella en ellos motivo halló para reavivar algún recuerdo, más recuerdo apenador; no, no, ella no había salido á cautivar á un rico extranjero, á enredar en su Magdalo ilusionador y seductivo á un joven incauto; no, ella ya no había de ser objeto de deleite, sierra del placer, esclava del galán; ella tenía un alma, podía rehacerla para una dignidad íntima, ennobleciéndola y elevándola para una vida excelsa; ella ha salido á buscar enjugo para sus ojos, paz para su pecho, la nueva vida de su alma. Allegóse á un vendedor de perfumes, y sacando de debajo del manto un rico vaso de alabastro pidió al mercader llenase aquel vaso del más rico y preciado, costoso y exquisito, fino y aromático bálsamo.

No bien el mercader prestó el servicio pedido, pagóle con algunas monedas, y, recogiendo el vaso de alabastro, ocultólo de nuevo bajo su manto y marchó apresuradamente confundiendo con la muchedumbre.

No, no descansaba su afán; no hallaba sosiego su corazón; no podía lograr complacencia alguna su alma, avidez había de que á sus oídos llegaran los dulcísimos acentos de una voz dulcísima. Necesario era para la antes ostentosa y fastuosa castellana de Magdalo verse humillada y rendida á los pies del Profeta de Dios, del Mesías divino.

En aquel rendimiento, en aquel abatimiento el deseo de la adoración, la expresión más sublime del amor más puro y grande que dominar puede el corazón humano, este deseo que después había de enardecer á la humanidad entera, el que había de ser como uno de los más sabrosos frutos del árbol de la redención, y origen de las mayores bellezas del arte, y de las más heroicas acciones de los creyentes, el deseo de la adoración, impelia á aquella mujer. Allí llevaba ella todo cuanto ella tenía, su aflicción, su asombro, su esperanza, su fe; su fe, que era el perfume de su alma, de un alma, á la cual no les era dado vulnerar á los pecadores, que nadie, nadie había limpio de pecado. ¡Ah, ni nadie, nadie estaba exento de perdón! Iba en busca del Divino Profeta para rendirse ante él allí donde le hallare; supo que había entrado en casa de un fariseo, el cual hablale convidado á comer.

Llegó la pecadora á la puerta de la casa, desbozóse de su manto, penetró en la sala de comer, y, acercándose por detrás á los pies del Salvador, comenzó á regarlos con sus lágrimas, limpiándolos con sus cabellos, besándolos y derramando sobre ellos el vaso de alabastro para perfumarlos con el riquísimo ungüento. Allí, allí sentía la transformación de su alma; allí, allí le fué dado oír las palabras sublimes de perdón, porque había amado mucho.

«Que ama menos aquel á quien menos se le perdona». (S. L. c. 7).

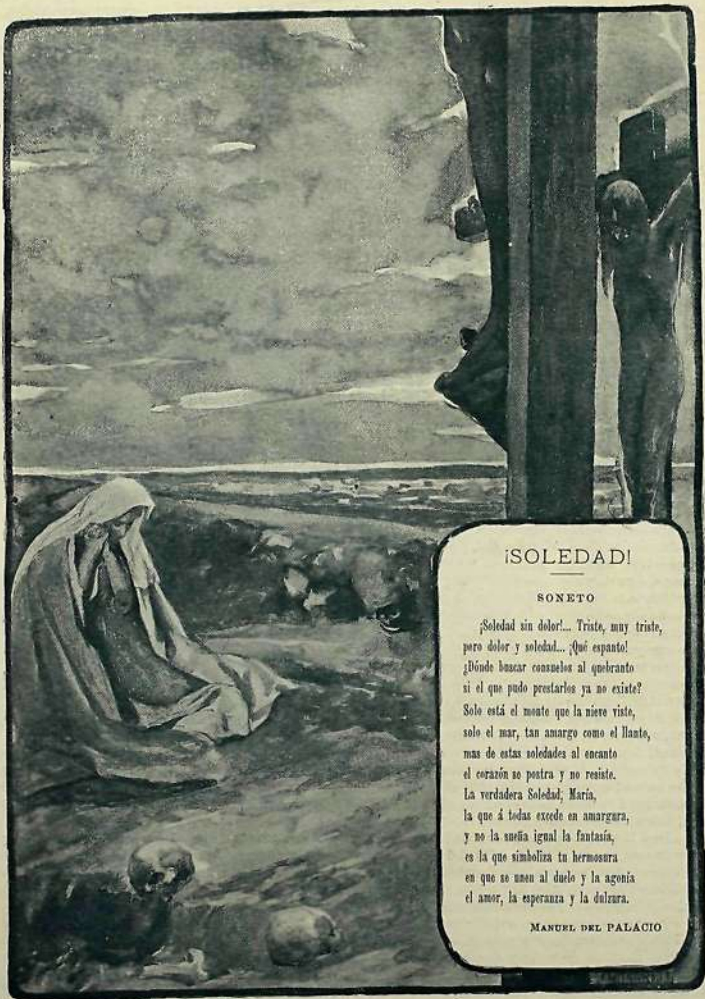
Había amado toda una vida en una noche de aflicción y arrepentimiento.

Poco después, desnudo y derruido el castillo de Magdalo, no era sino recuerdo de la portentosa transformación de su castellana, la cual con sus lágrimas y sus perfumes fué la primera en rendir verdadero culto al Redentor del mundo.



(Dibujos de Mongrell)

JOSÉ ZAHONERO



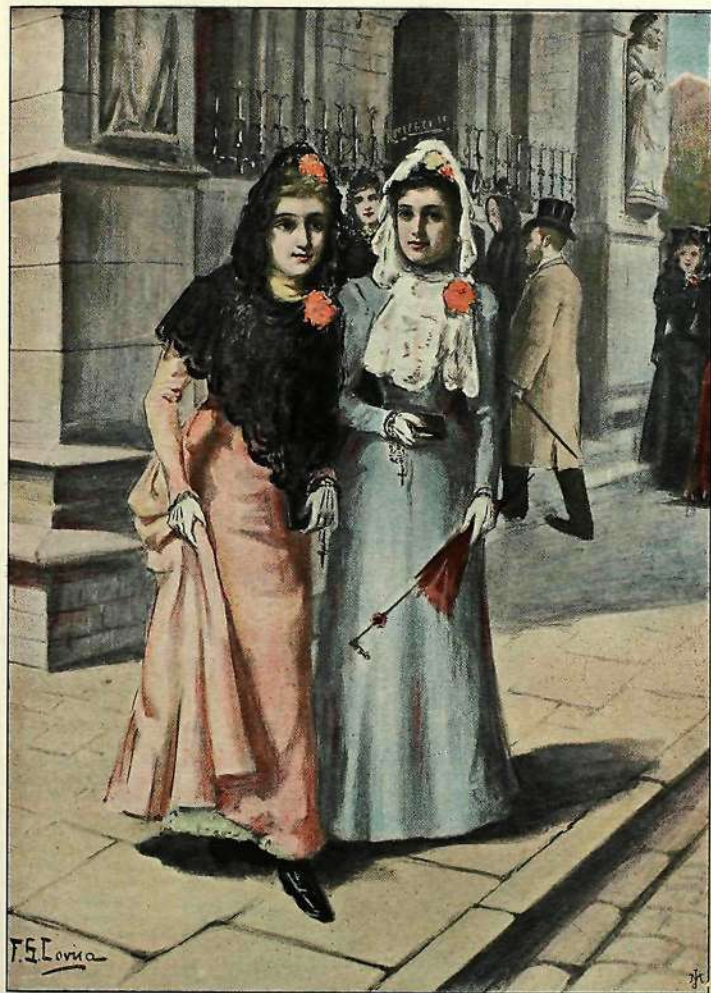
## ¡SOLEDAD!

### SONETO

¡Soledad sin dolor!... Triste, muy triste,  
pero dolor y soledad... ¡Qué espanto!  
¿Dónde buscar consuelos al quebranto  
si el que pudo prestarlos ya no existe?  
Solo está el monte que la nieve viste,  
solo el mar, tan amargo como el llanto,  
mas de estas soledades al encanto  
el corazón se postra y no resiste.  
La verdadera Soledad, María,  
la que á todas excede en amargura,  
y no la sueña igual la fantasía,  
es la que simboliza tu hermosura  
en que se unen al duelo y la agonía  
el amor, la esperanza y la dulzura.

MANUEL DEL PALACIO





VISITA DE ESTACIONES

Ayuntamiento de Madrid

## LA SEMANA SANTA EN MURCIA.-LOS PASOS DE SALSILLO

Entre las grandes obras de arte inspiradas por el genio del cristianismo no son las menos dignas de admiración las esculturas de Salsillo, orgullo de Murcia, que figuran en la solemne procesión que se celebra en aquella ciudad el Viernes Santo.

Resplandecen en esos celebradísimos Pasos los caracteres inherentes á la estatuaría española, ó

dad de María y el apóstol San Juan bajo la aflicción de la muerte del Divino Maestro son verdaderos trasuntos de la realidad exacta, pero al mismo tiempo, ¡cuánta ciencia de la figura, cuán perfecto manejo del cincel en todas y cada una de esas composiciones! Hay que fijarse en la magistral seguridad del modelado, en la armonía de las li-



sea el espiritualismo más refinado en cuanto á la idea y un acentuado naturalismo en cuanto á la representación. Esta es la escultura verdadera, la de Gil de Siloe, Berruguete, Gaspar Becerra, Montañés y Alonso Cano, á la que pertenece también Salsillo, y que no hay que confundir con la que, después de un largo período de decadencia, apareció con el advenimiento de los Borbones, ó sea la pseudo-clásica. La vida que tienen las figuras del insigne escultor murciano (siglo XVIII) parece cosa de portento, tanto es su realismo. El artista ha tratado cada Paso de una manera humana, sin pretender dar carácter sobrenatural á los tipos ni á las escenas, y de ahí la profunda impresión que produce su obra. *La Cena*, la tremenda angustia de Jesús en el Huerto, el episodio de cortarle San Pedro con su espada la oreja á Marco, el Azotamiento, Jesús con la cruz á cuestas, la Verónica, la caída de Jesús en tierra bajo el peso del madero, la Sole-



neas, en la magnificencia con que están tratados los paños, en la gallardía de los escorzos, pero sobre todo en el profundo sentimiento de las fisonomías y actitudes. En este concepto, Jesús desfallecido en el huerto de los Olivos es un poema de amargura, de igual manera que la *Caída del Redentor con la cruz á cuestas* es una escena cuya crueldad raya en horripilante.

*María en su soledad* pertenece al número de las contadas imágenes en que el dolor de la Madre sin consuelo se trasmite irresistiblemente al que la mira; el artista ha hecho surgir su piadosa visión sin más preocupación que la de reproducirla íntegra, aparte de todo convencionalismo, é igual puede decirse de la *Verónica y San Juan*.

Admira, ciertamente, como pudo Salsillo ser tan personal en medio del *churriguerismo* preponderante en su época, y como consiguió ser tan verdadero cuando sólo florecía lo extrín-

vagante y lo falseado, aparte de lo cual son de ad-

# Ayuntamiento de Madrid



mirar la pureza de su dibujo, su conocimiento de la perspectiva y su habilidad en la agrupación de las figuras. Mucho antes de que se hablase de la *escultura movida* practicábala ya el egregio artista murciano, en grandes escenas de difícilísimo desarrollo, pero que él sabía resolver con una seguridad y maestría que le colocan al nivel de los más admirados escultores.

Algunos han dicho que en las imágenes de Salcillo se echa de menos «el aliento divino» de las antiguas. Eso de aliento divino es una metáfora, y como tal expresa poco;



si se quiere significar que Salcillo es más naturalista que los escultores sevillanos, hay razón para el reparo, pero está por ver si se acierta más traduciendo las cosas con verdad humana que no con otra clase de verdad. El *Cristo* de Velázquez es de lo más humano que se puede imaginar, y, sin embargo, no es posible producir más honda emoción religiosa. Y si retrocedemos á los primitivos, á los prerafaelitas ó precursores, no «corrompidos», como decía John Ruskin por el Renacimiento neo-pagano, veremos que sus obras se distinguen precisamente por la fiel reproducción de la expresión humana, de igual manera que se



nota en los cuadros religiosos de Rembrandt. Salcillo se contentó con lo que veía y sabía; sus modelos eran hombres y mujeres de su tiempo, sin pretensiones de ir á buscarlos en otras esferas; pero ¿quita eso á que las imágenes que talló no sean real y verdaderamente las que debía representar? Porque en aquel tiempo no se había caído todavía en la cuenta de que era preciso atender á la exactitud histórica, étnica, etc. Eran *imágenes españolas*, pero con cumplir con su objeto, y lo cumplían, quedaba justificado el artista. Digamos, pues, que Salcillo no es inferior á nin-



gún otro; tiene su distintivo propio: *el realismo*, y en este concepto es un gran maestro y una figura de primer orden en la historia del arte peninsular.

Compréndese, por lo mismo, que la ciudad de Murcia, patria de tantos esclarecidos varones, esté orgullosa de ser la poseedora de la peregrina obra de Salcillo. Ignorado hasta tiempo, por la generalidad, el mérito de este grande artista ha llegado, por fin, á hacerse conocido en toda España, y de ahí que cada año sean en más crecido número las personas que acuden á Murcia para celebrar allí las fiestas de Semana Santa. — ALFREDO ORTÍO.



JESUS Y LA MAGDALENA

Ayuntamiento de Madrid

O  
esto  
reun

inci  
tre  
nici  
com  
los f  
la g

cas,  
esos



## LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

Cuando llega esta época de primavera, la actualidad se reconcentra en Sevilla. Teniendo en cuenta esto, y en nuestro deseo de trasladar á los lectores de *Iris* á la bella capital andaluza, hemos procurado reunir algunos datos curiosos, entresacados de lo mucho que sobre la Sevilla de Semana Santa se ha dicho. ¡Cuántas plumas no han descrito el incomparable cuadro de la capital, religiosa una semana, alegre otra y encantadora siempre! ¡Cuántas paletas no la han inmortalizado y cuántos artistas ilustres no la han hecho objeto de sus peregrinas obras! Para hablarnos de las festividades sevillanas, están la cámara oscura y el lápiz, el lienzo y el pentágono. Este nos hizo oír los moriscos cantares que vibran en sus guitarras; aquél cogió los colores de su cielo y los matices de sus flores. Este año, aquella primavera encantada y alegre, ofrece sobrenaturales atractivos, de los que es



NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA



LA CONVERSIÓN DEL BUEN LADRÓN

incitadora muestra el hermoso cartel, reproducido ya en estas páginas. Obra de Gonzalo Bilbao, el ilustre pintor sevillano, á esta fecha encuéntrase colocado en todas las tierras y en todos los climas: el Municipio los envía á todas las ciudades, y en todas lo esperan como heraldo de atractivo singular. Y los estirados ingleses, los franceses bulliciosos, todos acuden atropelladamente, con la guía debajo del brazo, parándose en las tiendas de pande-retas y abanicos y comprando toreros de barro y castañuelas de madera.



NUESTRA SEÑORA DEL PATROCINIO



SANTO CRISTO DE LA SALUD

La impresión que produce Sevilla es indecible, pues es una de esas ciudades que, como Venecia, no tienen parecido. Sevilla es una gran capital, pero está también un vastísimo museo, un emporio del arte, en el cual el medio ambiente en que están colocadas las joyas arquitectónicas, pictóricas, escultóricas, etc., las realza de una manera extraordinaria. Es la reina del Guadalquivir: uno de esos santuarios á que se va en peregrinación, como á Nuremberg, á Amsterdam, á Granada, á Atenas.

Nunca, sin embargo, es tanto su atractivo como al llegar los días de Semana Santa y Pascua. Desde tiempo antes llegan los trenes atestados de viajeros que esperan con anhelo las famosísimas solemnidades. Y adviencel ansiado Domingo de Ramos, en que sale la primera procesión, y desde entonces hasta el Viernes Santo, aquellas moriscas y tortuosas calles son un semillero de seres heterogéneos, con mantillas de negras blondas, con mantones, con extranje- ros levitones, mezclados con la airosa vestimenta de los sevillanos de los barrios populares y los elegantes trajes de la aristocracia, resaltando entre aquella mezcla de tonos la nota roja y vi- brantes de los claveles prendidos en el azabache de las cabelleras femeninas.



NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

se engalanan sus Virgenes, hermosas como la de la Esperanza, patrona del clásico barrio de la Macarena; quien no contento con llenar las andas de flores, el palio de oro y la peana de



NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD

movibles luces que lloran gotas de rosa- da cera, sigue á la procesión, voceando, vitoreando á la Vir- gen, y entonando con gitanos arranque la típica *saeta*; aquel pueblo, que se entu- siasma ante la bella imagen Macarena, se sobrecoge viendo el imponente paso de

*La Conversión del buen ladrón*, y llora ante la dolorosa Virgen del Patrocinio. Así es la gente de Sevilla, que no desmiente la tradición de delicados al par que viriles sentimientos que la caracteriza y

ha hecho que salieran de allí con tantos artistas tantos héroes, y con tantos poetas tantos hombres em- prendedores y distinguidos en las diversas ramas del trabajo. Cada parroquia, cada iglesia, cada ermita trae su cofradía y su leyenda. De San Bernardo sale el famoso Cristo de la Salud, *el Cristo de los toreros*, obra de Roldán: en esta clásica Hermandad figuró Cu-



SANTÍSIMA CRUZ EN EL MONTE CALVARIO Y NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD



SANTO CRISTO DE LA ESPERANZA



rrero Cúchares, y hoy figura su hijo Currito. De estos detalles típicos los hay a montones. La Virgen de las cigarreras, es adorada por éstas. El rey preside la cofradía, y en su representación preside la comitiva el capitán general.

D.<sup>a</sup> Isabel II, es hermana mayor de la Virgen de Montserrat, imagen cuyo *paso* sufrió el año anterior un terrible incendio; la caridad cristiana acudió en seguida, y este año volverá la Virgen a salir más lujosa y más rica que antes. Imposible relatar uno por uno aquel cortejo de Cristos agobiados y moribundos, de moradas túnicas llenas de oro, y Virgenes



JEFE DE LA CENTURIA

desconsoladas, con perlas por lágrimas y coronas de pedrería; desconsoladas y hermosas como la de San Buenaventura, ya solas y desamparadas, como la de San Lorenzo, una de las primeras obras del gran maestro Montañés, uno de los



NUESTRO PADRE JESÚS DE PASIÓN

escultores que más honran el arte estatuario sevillano, con los Roldanes, Becerra, etc., pléyade illustre, que la posteridad admira y cuyas obras parecen tanto más bella cuanto más tiempo pasa. El hermosísimo Cristo de la Espiración, llamado vulgarmente *El cachorro de Triana*, obra maravillosa de Gijón, sobrecege y admira, y no menos impresión producen el famoso Señor de Pasión y el venerable del Gran Poder, ambos de Martínez Montañés, resignado y humilde el primero, terrible, agonizante, imponente el segundo, que sale de madrugada, sin música ni ruidos, en verdadera procesión de penitencia, seguido de interminable fila de beatas enlutadas, llenas de ex votos y prome-



NUESTRO PADRE JESÚS DEL GRAN PODER

pavorosa de la historia de D. Miguel de Mañara, cuando éste ve pasar su entierro por las calles de Sevilla sumidas en tinieblas sólo desgarradas por el rojizo fulgor de los hachones.

Y todo este cortejo desfila con incomparable pompa por la clásica plaza de San Francisco, llena de lo más granado de la sociedad española, de los más extravagantes extranjeros y de los más curiosos tipos. Allí van los Hermanos mayores a pedir a una comisión del Municipio permiso para pasar, con arreglo al orden y a la hora que les fué señalada por el Ayuntamiento, que multa a las co-



NAZARENO

sas, llevando cirios, cruces y escapularios. Nada más singular que aquella procesión de fantasmas, evocandola imaginación la escena



NAZARENO

pasar, con arreglo al orden y a la hora que les fué señalada por el Ayuntamiento, que multa a las co-

fradías que llegan tarde, como si fueran el más misero mortal. Y por allí pasan, estirados y llenos de oro, los *armados* ó romanos de la Centuria, con gravedad cómica, cuyos poderosos armados son apreciados carboneros, honrados carpinteros ó vendedores de la plaza de la Encarnación, que van con sus guerreros arneses recamados de oro, con más orgullo que si fuesen legionarios de carne y hueso; y caen luego en cama rendidos por la caminata y el pesado traje de oro, que, pagado á plazos, les costó un ojo de la cara. Lo mismo podríamos decir de los penitentes ó *nazarenos*, de los que hay variedad suficiente en trajes y colores. Los hay blancos, negros, morados, verdes, azules, gra-



LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN EL JUEVES SANTO

fradía de la Macarena; la Virgen de la Esperanza lucirá el Viernes Santo manto nuevo, hecho en el taller clásico de Rodríguez Ojeda, por 18 lindas jóvenes, que en un año no han dejado de tejer linda red de oro en el rico terciopelo verde.

Las solemnes fiestas de Semana Santa en Sevilla son origen de la prosperidad de una porción de industrias artísticas, que tienen el más ilustre abolengo: el bordado, la imaginaria, el dorado, etc., etc., y así se vienen conservando las grandes tradiciones de otros tiempos.

El sentimiento religioso, innato en los sevillanos, al mismo tiempo que su inteligencia idealista, son motivo á que en todas las obras dedicadas al culto se advierta la mayor sinceridad, que es la principal condición que deben tener: pues de otra suerte resultan esas producciones sumamente convencionales y falsas.

Expresamente para Iris hemos tomado esta típica fotografía, que da idea del curioso taller, donde en enorme bastidor se extiende, sin terminar aun, el espléndido tesoro que á la hora de publicarse estas líneas, cubrirá á la linda Virgen Macarena, la más querida, la más típica y la más hermosa de cuantas busca con sus ojos y llama con su *saca*, canto religioso de Semana Santa, el bullicioso é incomparable pueblo sevillano.



EN EL TALLER DE RODRIGUEZ: BORDANDO EL MANTO DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA

FERNANDO MESEGALE

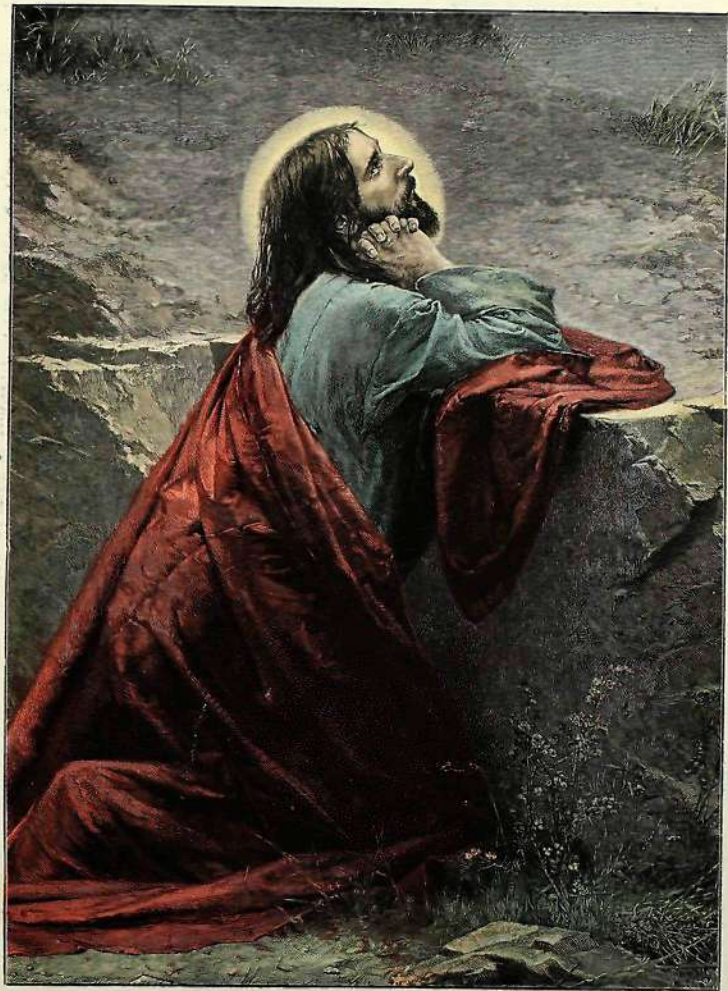


NAZARENO

nas; con capa, con cola, con cirios, con trompetas y estandartes.

Todos los años se estrenan túnicas, paños y mantos. Este año le toca á la Co-





JESUS EN EL HUERTO

Ayuntamiento de Madrid



## LA PALABRA DE LA CRUZ

Verbum Crucis...  
Dei virtus est.  
SAN PABLO

De ignorancia y culpa extrema  
la palabra de la cruz  
pudo un tiempo ser emblema;  
mas, hoy día, es el poema  
del amor y de la luz.

En ella Cristo borró  
el anatema iracundo  
que el pecado mereció,  
y de ella entonces brotó  
la felicidad del mundo.

El vencer fué su destino:  
en uno y en otro hemisferio  
mostró su poder divino  
derrocando en su camino  
de Satanás el imperio.

Leyes, costumbres, errores,  
cuya causa el vicio fué,  
cedieron, cual tiernas flores,  
á los siglos destructores...  
la Cruz sola queda en pie.

Salve, salve, Cruz bendita,  
donde plugo al Redentor,  
en su clemencia infinita,  
dejar para siempre escrita  
la divina Ley de amor.

JAIME MARTÍ BESTARD, Pbro.



cerebro  
nombre:

Le ha  
dos y con  
alancén

Ya le  
la cabeza

Pero  
tierra se  
riendo se

Hija  
que el hi  
Roma, M  
montones  
fugaces f

Y des  
fano, bri  
acompañ  
Hijo de D

El ho  
ron, Jeru

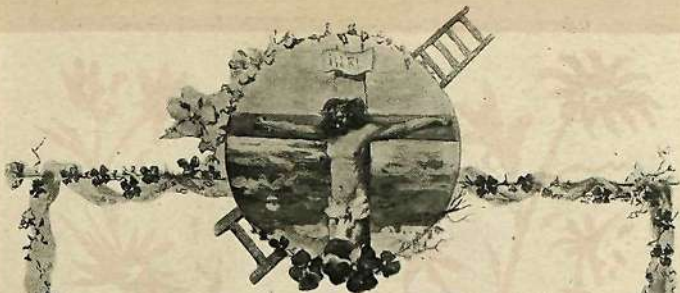
Los co  
que es la

En la  
soberbia  
sospecha

como car

(1) San  
(2) San





«ET INCLINATO CAPIT, TRADIDIT SPIRITUM» (1)

*En inclinando la cabeza dió el espíritu:*

Habíanse cumplido las profecías: como lirio tronchado por el vendabal, así el Justo dobló la cabeza ante el huracán violento que las pasiones bastardas de un pueblo idólatra levantó contra él. Había sido inmolada bárbaramente

«La víctima de paz que el hombre espera.»

Jerusalén, ¡maldita seas! Hija de Sión, tus vestiduras estarán eternamente empapadas de sangre; en tu rostro quedará por siempre impresa la mueca del asesino, y tus labios sólo se abrirán á la blasfemia y á los insultos, porque en tu cerebro luce con rojo resplandor el crimen. Jerusalén, no has sido *Visión de paz* como significa tu nombre: eres *Visión de muerte*. En tu soberbia condenaste al Hijo de Dios.

Le hallaste humilde, caritativo, virtuoso y tu orgullo y tu egoísmo y tus vicios sintiéronse lastimados y con traicioneras artes te apoderaste de Jesús, te vengaste de él escarneciéndole, insultándole, alanceándole, matándole, en fin, del modo que más ignominioso y cruel sabías.

Ya le tienes pendiente de la cruz, gózate en su agonía, lanza un alarido gozoso al ver que inclina la cabeza y exhala el postrer suspiro...

Pero, ¿tiembles por qué al expirar el Justo el día se haga noche y el suelo trepide?... Es que la tierra se estremece de espanto y el cielo apaga su ignea antorcha para que tu deicidio, tu crimen horrendo sea más fatídico, más sombrío envuelto en tinieblas...

Hija de Sión, escucha: Jeremías predijo, tu destrucción y ésta ha sido ya realizada. El suspiro con que el hijo de Dios volvió á tornar hacia su padre, fué para ti soplo mortal que destruyó tu poderío. Roma, Menfis, Nínive, Babilonia, Persépolis y tú y otros muchísimos pueblos os habéis convertido en montones de ruinas y vuestra religión y vuestra fuerza guerrera y vuestro influjo fueron relámpagos fugaces formados por la tempestad de un mundo idólatra, vicioso, sanguinario y cruel.

Y después que la tempestad se deshizo para vosotros tan terriblemente, el cielo tornóse azul, diáfano, brilló en él la divina enseña y de vuestra hegemonía no quedó otra cosa que el recuerdo escrito acompañado de una maldición. Espíritu de justicia y de amor esparcióse por la tierra al dar el suyo el Hijo de Dios, cumpliéndose así sus proféticas palabras:

«Y si yo fuese alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo» (1).

El hombre había sido redimido. Los ídolos yacían rotos en el suelo. En vano los que te conquistaron, Jerusalén, pusieron la estatua de Venus en el Calvario y la de Júpiter en el Santo Sepulcro.

Los dioses creados por el hombre como son de arcilla, se deshacen. Sólo perdura lo que crea aquel que es la suprema luz y el supremo bien. Del infamante madero ha hecho la humanidad lábaro divino.

En la cruz cometisteis, hijos de Sión, el más nefasto de los crímenes por satisfacer vuestra vengativa soberbia. Y fuisteis verdugos y víctimas al mismo tiempo de vuestra injusticia. Pues jamás pudisteis sospechar que había de llegar día en la tierra que de la cruz fueran

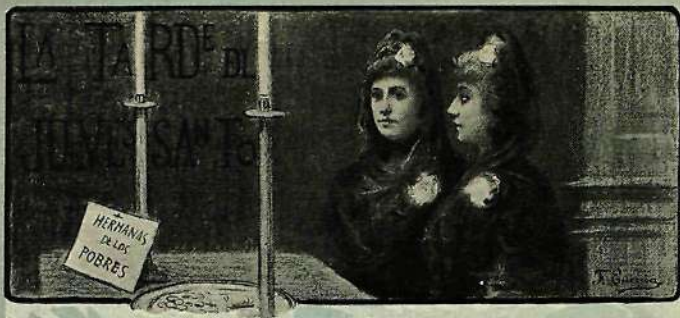
«... sus brazos la única balanza  
donde pesan al par cetro y cayado»

como cantó la ilustre Avellaneda.

ALEJANDRO LARRUBIERA

(1) SAN JUAN XIX, 30.

(2) SAN JUAN XII, 32.



Es la tarde triunfal por excelencia de las muchachas madrileñas, estas paganas sempiternas, que enamoradas de la bella forma, y mal avenidas con los pudores de nuestras civilizaciones timoratas, aprovechan hasta la Pasión de Cristo, para sacarla á pública admiración, ya que en la exhibición de la hermosura soberana no cabe decir á pública vergüenza. Y allá van, calle de Alcalá arriba, el ensueño en los ojos y la dicha en los labios, vestidas de claro, como mariposas humanas que pirueteeasen en un rayo de sol, al aire el busto airoso, ceñido por la seda finísima, tornasolada y mimosa; delatora complaciente de tesoros ocultos; la graciosa cabeza coronada por la erguida peineta, que parece almenar de fantástico alcázar; sombreada la frente por ondas de encaje que á los ojos más cándidos presta negruras pérdidas de ciencia y de malicia femeniles. Las más osadas prendieron en las ondas del cabello, manojo de claveles, y desafían al blanco y al rojo de las corolas multipétalas con el rojo de los labios y el blanco y el rosa de las juveniles mejillas.

Las calles silenciosas, sin carruajes, parecen mirar con recogimiento el destile de la belleza. En los templos la nave central oscura, cubiertos los altares por negras cortinas, que semejan alas inmensas de monstruosos y fatídicos murciélagos. En el fondo un rompimiento majestuoso de luz y de colores. Los mil cirios del Monumento chisporrotean con susurro devoto; los angelones muestran la faz plácidamente dolorosa, y del sepulcro de Cristo parecen escaparse olas de silencio. Abajo, á los pies de la iglesia, en lo más negro de las negras tinieblas, hay dos lucécillas que parpadean con guiños incitantes. Es la mesa de petitorio. Detrás de ella, inmóviles y erguidas entre aquellas dos luces, hay dos mujeres casi siempre jóvenes y bonitas. Las mantillas, como palio de sombras, les cubren la gentil cabeza y los hombros de estatua. Sus manos menuditas golpean suavemente la bandeja á cada nuevo paso masculino que resuena en el templo. Piden con una sonrisa apenas esbozada, y otra sonrisa franca acompañada de coquetona inclinación de cabeza paga cada limosna. Los niños de la Inclusa están de enhorabuena. Para ellos imploran caridad bellísimas sirenas, que llevan por señuelo ojos traidores y labios asesinos, y quién resiste? El hombre es débil y una sonrisa de mujer bonita es más eficaz que el agua de mayo. Consigue hacer brotar flores de caridad hasta en el bolsillo de un avaro.

(Dibajo de J. Encina)

G. MARTINEZ SIERRA







### LA CARA DE DIOS

De contemplar deseoso,  
como devoto que soy,  
la vera efigia de Cristo  
que en el lienzo se estampó,  
marché al templo en que se guarda,  
y allí escuché este pregón:

*¡A cuarto y á dos  
la cara de Dios!*

Yo pensé que á ver el rostro  
de quien en la cruz murió  
por salvar los pecadores,  
se iría con devoción;  
pero sufrí un desengaño  
oyendo siempre esta voz:

*¡A cuarto y á dos  
la cara de Dios!*

Mañana de Viernes Santo  
apenas asoma el sol,  
la muchedumbre se agita  
de la ermita alrededor,  
y á manera de estribillo  
repite alegre una voz:

*¡A cuarto y á dos  
la cara de Dios!*

Y churros con aguardiente,  
juguetes de similor,  
bufuelos y golosinas,  
pasteles y peleón,  
contento consume el pueblo  
mientras se escucha el rumor:

*¡A cuarto y á dos  
la cara de Dios!*

El día que se visita  
reliquia de tal valor,  
no debe ser de jolgorio  
si no día de aflicción.  
Mas el pueblo no lo entiende  
igual que lo entiendo yo.

*¡A cuarto y á dos  
la cara de Dios!*

Y las mujeres más guapas  
asisten con el mantón  
tradicional de Manila,  
esplendentes como un sol;  
y rien y se divierten  
rindiendo culto al amor.

*¡A cuarto y á dos  
la cara de Dios!*

No fustigo esta costumbre;  
así es el pueblo español;  
aun los actos más solemnes  
en fiestas siempre trocó.  
¿Cuándo en las penas más grandes  
le ha faltado el buen humor?

*¡A cuarto y á dos  
la cara de Dios!*

Pero sin ser ningún santo,  
si he de decir mi opinión,  
no quisiera fuese juerga  
lo que debe ser fervor;  
y no escuchar, sobre todo,  
el tan profano pregón:

*¡A cuarto y á dos  
la cara de Dios!*

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE



Ayuntamiento de Madrid

